

## 6. "Desde estos mismos balcones..."

Nota sobre el discurso de Perón  
del 17 de octubre de 1945

SOC 09

6 copias

Razones no faltan para pensar que, entre los múltiples acontecimientos que jalonaron la jornada del 17 de octubre de 1945, el discurso improvisado por Perón en los balcones de la Casa de Gobierno no fue precisamente el hecho de mayor trascendencia. Es que, ateniéndose al contenido lato de ese discurso,<sup>1</sup> lo que en él aparece como más significativo es, justamente, su notoria insignificancia. Conciliadoras, elusivas, abundantes en lugares comunes donde se entremezclaban la retórica del discurso "patriótico" escolar y el recurso a la frase sentimental (merced a la cual, por ejemplo, las masas populares eran identificadas con la propia madre del líder), las palabras de Perón parecían tan vacuas que sus mismos destinatarios se vieron compelidos a interrumpirlas, interrogando al orador acerca de su destino en los días precedentes ("¿Dónde estuvo?; ¿dónde estuvo?".)

Pregunta ésta cargada de peligros, en la medida en que su mera formulación hacía visible una sintomática ausencia en el discurso de Perón. En efecto, reclamando reiteradamente una respuesta, el pueblo lla-

<sup>1</sup> Señalemos que la expresión "contenido lato" (o "literal") de un discurso es empleada aquí como un simple expediente para, como suele decirse, "cortar camino". No está de más indicar, sin embargo, que la consideramos del todo impropia desde el punto de vista conceptual —lo cual, claro está, no impide que sea ampliamente utilizada en los análisis discursivos. Dicho esto, pensamos también que, leído de una cierta manera, este breve artículo comporta implícitamente una crítica a la mencionada noción y a sus supuestos teóricos.

maba a comparecer en la plaza pública a un inoportuno personaje —la política— y, con ello, amenazaba con oponer a la “unión eterna e infinita” invocada por Perón, la cruda realidad del enfrentamiento y de la lucha, en cuyo marco la movilización del 17 de octubre adquiría, para ese pueblo —y también en verdad para Perón mismo— su verdadero sentido.

Perón no podía responder a esa pregunta, siquiera sea por la simple razón de que, antes de dirigir su mensaje, había asumido el doble compromiso de no referirse a su prisión y de ordenar la disolución pacífica de la concentración. Compromisos ambos a los que Perón se avino sin dificultad, puesto que eran los que mejor convenían a su situación: en efecto, si, por una parte, no cabía duda de que con el 17 de octubre se había ganado una batalla, por otra nada aseguraba que ese triunfo significara ganar la guerra. Hasta era posible que implicara exactamente lo contrario: la derrota, esta vez definitiva, la prisión e incluso la muerte.<sup>2</sup> Más que el compromiso con el presidente Farrell y con el general Ávalos, su misma situación obligaba a Perón a ser prudente y a medir sus palabras; en cuanto a ordenar la desconcentración pacífica de la multitud, nos inclinamos a pensar que Perón lo habría hecho por su propia iniciativa y sin necesidad de promesa alguna.<sup>3</sup>

Era pues inevitable que, en su discurso, Perón no dijera nada... o prácticamente nada. Sin duda, se puede registrar como significativo el hecho de que, luego de recomendar el tranquilo retorno al trabajo y de declarar ya sin objeto los “movimientos obreros” que se anunciaban, Perón diera el visto bueno a la huelga resuelta por la CGT para el día siguiente, aunque no sin destacar su nuevo carácter de jornada de festejo, y no de protesta. Asimismo, es posible interpretar sus referencias a la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía como una suerte de

<sup>2</sup> Temor, por lo demás, no injustificado. Sabido es que, dadas las 21 horas de ese día y viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, el almirante Vernengo Lima se dirigió al puerto con el fin de sublevar a la marina, descontando una iniciativa semejante del general Ávalos en la unidad militar de Campo de Mayo. La tentativa en cuestión fracasó, pero, como bien señala Félix Luna, no era en modo alguno descabellada.

<sup>3</sup> “De casa al trabajo y del trabajo a casa” figura como una de las más reiteradas consignas de los discursos de Perón. Por otra parte, en la carta que este último enviara a su amigo, el teniente coronel Mercante, desde la isla Martín García (carta reproducida en Luna, 1971), aparece claramente expresada la inquietud de Perón acerca de las eventuales consecuencias de una movilización obrera.

consagración pública de la fórmula, acuñada por Dardo Cúneo para marcar la significación de esa fecha, “ejército + sindicatos = poder”. Pero análogas y más explícitas referencias a esa ecuación abundan en otros discursos de Perón: fue en todo caso la extraordinaria movilización del 17 de octubre la que le dio, esta vez, un peso y un alcance más acentuados que en anteriores y posteriores ocasiones.

En suma: nada nuevo ni especialmente significativo puede detectarse en ese discurso, salvo —reiterémoslo— sus muchos silencios, su marcada carencia de significación. Es entonces comprensible que quienes se han interesado en las características típicas del lenguaje político de Perón, en sus estrategias discursivas, hayan preferido volcar su atención sobre otros discursos, y no sobre el del 17 de octubre:<sup>4</sup> asimismo, no menos comprensible es que la mayoría de los análisis, crónicas y testimonios sobre esa jornada hayan creído innecesario efectuar un examen detenido del mencionado discurso.<sup>5</sup> Es más: el propio Perón, en declaraciones efectuadas a Félix Luna en enero de 1969, se encargó de descalificar indirectamente al discurso en cuestión, refiriéndose con humor a la enredada situación que reinaba en el atardecer y la noche de ese día y a su propia confusión en el momento en que debió dirigirse al pueblo: “Entonces fui al balcón y hablé lo que pude improvisar en aquel momento. Imagínese, ni sabía lo que iba a decir [...] tuve que pedir que cantaran el himno para poder armar un poco las ideas. Y así salió aquel discurso” (Luna, 1971:343).

Todo pues —hasta su mismo autor— parece indicar que ese discurso no tuvo más que una importancia secundaria y episódica. Poco relevante para buscar en él el pensamiento político de Perón o para evaluar, a través de su análisis, la significación histórica de la jornada, el mensaje del 17 de octubre del 45 tendría bien merecida la poca atención de que fue objeto.

En las líneas que siguen nos proponemos encarar el tema desde un ángulo diferente. Será, si se quiere, una nota discordante con respecto al razonable punto de vista antes expuesto. No porque en ella intentemos sacar a luz quién sabe qué significado oculto, íntimo, insospechado,

<sup>4</sup> Por ejemplo, el dirigido a las delegaciones obreras de Paraná (17-VI-1944); el brillante y lúcido discurso en el acto de proclamación de su candidatura (2-II-1946), etcétera.

<sup>5</sup> Con la parcial excepción de Félix Luna, quien en su ya mencionado libro *El 45* ofrece un vívido relato, pleno de sugerencias, pero esencialmente descriptivo, del desarrollo del discurso de Perón.

del discurso de referencia o pretendamos formular una interpretación nueva e inesperada de su contenido. Nuestro propósito es diferente, y mucho más modesto: trataremos, simplemente, de aportar unos pocos elementos de reflexión acerca de las condiciones particulares en que el discurso del 17 de octubre fue pronunciado y del modo en que esas condiciones se refractaron en el discurso mismo: de qué manera lo afectaron, no sólo negativamente, imponiéndole determinados silencios y restricciones (como los ya mencionados "compromisos") sino también en términos positivos, esto es, modificando cualitativamente sus enunciados, realzando el peso específico de ciertas frases en apariencia inocuas, poniendo en relación determinados aspectos del mensaje por comparación con otros discursos de Perón y, de este modo, redefiniendo —al menos parcialmente— su sentido político. Para ello, trataremos de encarar dicho discurso de modo tal de restituirle algo de su espesor y su eficiencia en tanto *acontecimiento*. No, pues, una nueva exégesis del discurso en cuestión, sino más bien una perspectiva diferente *sobre* él. De paso, y como es natural, intentaremos también mostrar que, vistos desde esa perspectiva, algunos aspectos del mencionado discurso adquieren una relevancia y un alcance que desbordan ampliamente aquello que aparece como su contenido "literal".

Con ese fin, comenzaremos por recapitular brevemente los principales hechos inmediatamente anteriores al momento en que Perón pronunció su mensaje.

Hacia las 21:45 horas de ese día, mientras una impresionante multitud coreaba y aclamaba en la Plaza de Mayo el nombre de Perón, el presidente Farrell se reunía con este último en la residencia presidencial a efectos de concertar un arreglo definitivo y de establecer, de común acuerdo, los pasos inmediatos a seguir. Participaba también en esa reunión un conjunto de dirigentes sindicales, miembros del Comité de Huelga constituido en la víspera con el objeto de organizar el paro dispuesto por la CGT para el día 18.

A esas horas la suerte estaba prácticamente echada: el principal opositor de Perón —el general Ávalos— cedía en todos los terrenos, ofrecía su renuncia y le dejaba el camino libre. Los términos del acuerdo son ampliamente conocidos; mencionamos con todo los principales: renuncia de los ministros (almirante Vernengo Lima, de Marina, y el ya citado general Ávalos, de Guerra), integración de un nuevo gabinete con hombres adictos a Perón, designación del teniente coronel

Mercante como secretario de Trabajo y Previsión y, por supuesto, mantenimiento de la convocatoria a elecciones.

También, sin embargo, había que ponerse de acuerdo sobre lo inmediato. Eran ya más de las 10 de la noche y en la Plaza de Mayo el pueblo reclamaba fervorosamente la presencia y la palabra de Perón. No era empero descartable una solución intermedia, esto es, que Perón hablara por radiotelefonía a los trabajadores desde la residencia presidencial y no desde la Casa de Gobierno: el pueblo no tendría la presencia física de Perón, pero sí su palabra. Resulta difícil establecer con certeza la opinión de Perón con respecto a este punto. Félix Luna (1971:290) afirma que puso como condición, para hablar, el hacerlo desde la Casa Rosada; por su parte, Luis Gay, miembro del Comité de Huelga, adjudica a dicho comité la imposición de esa condición, vendiendo incluso los temores de Perón, "quien —según Gay— prefería dar por terminada la movilización para evitar reacciones en el ejército".<sup>6</sup> Es también posible que Perón se inclinara en un comienzo por no hablar y que luego, persuadido de que debía hacerlo, hubiese exigido dirigirse al pueblo desde la Casa de Gobierno. Pero dejemos este punto en el terreno de las conjeturas.

El hecho es que, hacia las 23:10, Perón hacía su aparición en los balcones de la Casa Rosada, desencadenando la mayor explosión de entusiasmo colectivo jamás conocida en la historia argentina. Pasarían aún largos minutos antes de que hablara. Al fin, luego de unas breves palabras de Farrell, quien anunció entre vítores y aclamaciones las nuevas medidas tomadas por el gobierno e hizo la presentación de Perón, este último pareció dispuesto a comenzar su alocución. Previamente, sin embargo, el locutor radial invitó al público —quizá, como vimos, por indicación expresa de Perón— a que entonase el himno nacional. Cumplida la ceremonia, Perón, que se había retirado durante su ejecución, reapareció en los balcones e inició el discurso.

Es una regla de los discursos políticos públicos el que su primera palabra asuma, casi sin excepciones, la forma de una interpelación. En el caso del discurso de Perón esa primera palabra interpelativa fue "¡Trabajadores!". La larga ovación con que fue saludada por la multitud mostró que dicha interpelación había llegado a feliz destino. Así nombrados y definidos los destinatarios del discurso, correspondía acto

<sup>6</sup> Véase sobre estos puntos el excelente artículo de Juan Carlos Torre: "La CGT y el 17 de octubre de 1945", 1976.

seguido nombrar y definir a su propio emisor.<sup>7</sup> Doble expediente gracias al cual se consumaría la *mise-en-scène* discursiva de los protagonistas del acto y, lo que es más importante, se definiría el tipo específico de *relación* planteada por el orador con respecto a sus auditores. Perón franqueó estos pasos mediante la evocación de un mensaje anterior: “Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser patriota y la de ser el primer trabajador argentino.”

Es probable que muy pocos de los que escucharon o leyeron esta frase hayan advertido dos hechos que, según nuestro punto de vista, merecen atención:

En primer lugar, ese tiempo pasado al que Perón alude como quien enuncia una evidencia es, en realidad, una construcción puramente discursiva (y, también, ficticia). Ya que, en efecto, las palabras evocadas por Perón no habían sido pronunciadas “hace casi dos años”, sino apenas un año y tres meses atrás: para ser exactos, el 8 de julio de 1944. Aclaremos que poco importa, para el caso, si el error fue inconsciente o calculado: de todos modos, esa “exageración” cumplía bien la función de destacar la diferencia, a la vez cuantitativa y cualitativa, entre el pasado y el presente, el ayer evocado y el hoy.

No bastaba, sin embargo, con enfatizar la distancia entre ambos tiempos; una vez así magnificada, dicha distancia debía ser definida y calificada en términos políticos. Tal sería, como veremos, el “objetivo” de los siguientes párrafos del discurso. Pero antes de referirnos a ese punto completemos el comentario de la frase inicial.

En segundo lugar, si se compara la frase citada con la que figura en el discurso que en ella se evoca, salta a la vista una significativa diferencia. En efecto, el 8 de julio de 1944 Perón había dicho textualmente lo siguiente: “. . . Sólo ostento tres títulos que me enorgullecen: el de ser soldado, el de *ser considerado* primer trabajador argentino y el de ser un patriota” (cursivas nuestras). En el discurso del 17 de octubre de 1945 la modalización (“ser considerado”) es omitida, en virtud de lo cual dicho discurso afirma, como una suerte de hecho consu-

<sup>7</sup> Por cierto, no es necesario que la definición del destinatario y la del emisor de un discurso sean efectuadas por medio de dos operaciones diferentes. Sin ir más lejos, muchos otros discursos de Perón comienzan con una interpelación “inclusiva” (la más conocida es “compañeros”), interpelación que, al tiempo que nombra a los auditores, define al emisor como miembro del colectivo social a quien se dirige.

mado, que desde hace casi dos años Perón *es* el primer trabajador argentino: el título honorífico aparece así convertido en una cualidad sustantiva del orador. Obsérvese asimismo que el orden de la enumeración se ha alterado: lo que podríamos llamar la lógica discursiva del *last but not least* da ahora un peso mucho mayor a la referencia, hecha por Perón, a su condición de “primer trabajador”.

Inmediatamente después de esta frase inicial, Perón informó sobre su voluntario retiro del ejército, que implicaba renunciar a la aspiración de ser un día general de la nación, y expresó su intención de “seguir siendo el coronel Perón y poner[se], con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino”. Señaló a continuación que, con ese gesto, daba su abrazo final a la institución armada —“puntal de la patria”— y su primer abrazo al pueblo.

Como indicamos antes, en estos párrafos Perón cumple con la doble tarea de autosituarse con relación a sus auditores y de caracterizar políticamente la distancia, previamente sobredimensionada, entre el “antes” y el “ahora”. Respecto a ambos puntos, los mencionados párrafos se destacan ante todo por su ambivalencia: tanto el vínculo entre Perón y los trabajadores como la oposición pasado *vs.* presente son presentados, en ellos, bajo la doble figura de una discontinuidad y de una continuidad.

De una *discontinuidad*: quien habla hoy a ustedes *no es* el mismo hombre de ayer. Aquél hablaba “desde estos mismos balcones” en su calidad de secretario de Trabajo y Previsión, de ministro de Guerra, de vicepresidente de la república; aquél era un coronel en servicio activo que llegaría a ser algún día general; el de hoy, en cambio, no ocupa ningún cargo oficial, ha dejado de ser miembro del gobierno y, además, acaba de solicitar su retiro de las fuerzas armadas. De una *continuidad*: quien hoy habla a ustedes *sigue siendo*, a pesar de todo, el mismo hombre de ayer; sigue siendo un soldado —aunque ahora vista “la casaca de civil”— sigue siendo un patriota. . . y sigue siendo el primer trabajador argentino.

Podemos ahora empezar a comprender el papel eficaz que cumple, en el discurso, la magnificación ficticia de la distancia entre el pasado y el presente: ella permite, en primer lugar, presentar las iniciativas sociales y políticas de Perón como la expresión más clara e incontestable de sus virtudes personales (“dos años” de consecuentes servicios al pueblo son la prueba más convincente de ello); ella permite, en segundo lugar, pensar la amalgama entre lo continuo y lo discontinuo no como

contradictoria, sino como complementaria, y a la vez como lógica y moralmente irreprochable. O sea, dicho en términos simples: "Perón no es hoy el mismo (= hombre de *estado*) precisamente porque, aun al precio de sacrificios, sigue siendo el mismo (= hombre del *pueblo*).” Esta “conversión”, sin embargo, es sólo parcial: en efecto, por una parte la renuncia al servicio activo en el ejército y sus cargos en el gobierno no es óbice para que continúe presentándose ante el pueblo como “coronel de la nación” y afirmando el carácter de “puntal de la patria” de las fuerzas armadas; tampoco le impide, por otra parte, seguir hablando y actuando como lo haría un hombre de estado y un dirigente político, esto es, ordenar, dirigir, comandar a sus liderados.<sup>8</sup> Sutil juego éste que repite, tanto en el orden diacrónico como en el tiempo congelado del acto público, ese vaivén permanente entre la inclusión y la exclusión, la identificación y la toma de distancia, típico de los discursos políticos de Perón y presente también en el que comentamos. Podemos parafrasear esa ambivalencia en los siguientes términos: “soy como ustedes, civil, pero a diferencia de ustedes soy también soldado; soy igual a ustedes, puesto que soy vuestro hermano, pero soy también diferente de ustedes, puesto que soy vuestro hermano *mayor*; soy, como ustedes un trabajador, pero a diferencia de ustedes, soy el *primer* trabajador”, etcétera.

Sigamos empero escuchando a Perón. Los siguientes párrafos del discurso se extendieron en un exaltado elogio del pueblo y de la “verdadera fiesta de la democracia” que representaba la movilización popular de ese día, elogio prolífico en términos eufóricos y en frases más o menos hechas. Por las razones indicadas al comienzo, no nos detendremos en el examen de esos párrafos. Imposible, en cambio, pasar por alto una corta frase enunciada al pasar en el desarrollo de esta parte “apologética” del discurso. La frase en cuestión es la siguiente: “*Hace dos años pedí confianza.*”

Nos encontramos, pues, de nuevo, con una explícita referencia a palabras pronunciadas en el pasado; y, por segunda vez, como movido por una extraña compulsión de repetición, el discurso vuelve a sobredimensionar la distancia entre el antes y el ahora: ese “pedido de confianza”, evocado el 17 de octubre del 45, existió efectivamente; figura, en términos que impiden la menor confusión, en un mensaje dirigido por Perón a las delegaciones obreras de Paraná; sólo que ese mensaje

<sup>8</sup> Volveremos más adelante sobre este punto.

fue pronunciado el 17 de junio de 1944, es decir, no dos años sino exactamente un año y cuatro meses atrás.

Reiteremos que no nos interesa establecer si el error fue o no deliberado: sólo nos interesa destacar la eficacia propiamente mítica de ese anacronismo discursivo; anacronismo que, por lo demás, no deja de evocar el paternal “había una vez” con que suele comenzar la narración de un cuento, una leyenda o una fábula.<sup>9</sup> Cabe al respecto señalar que el recurso a la autocitación es frecuente en los discursos de Perón: lo nuevo, en este caso, es que en las dos únicas ocasiones en que el orador evoca palabra pronunciadas por él en un instante pasado, dicho pasado se encuentre afectado por un sensible coeficiente de magnificación retrospectiva. Ya hemos visto cuál era, no necesariamente la intención, pero sí la eficacia discursiva de esa magnificación.

Las frases que siguieron a la antes comentada (con excepción de la ya aludida exhortación a la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía) reiteraron la retórica grandilocuente de las anteriores. Fue precisamente en este momento en que el pueblo interrumpió al orador preguntándole dónde había estado en los días precedentes al acto del 17. Perón trató de salir del paso con una respuesta elusiva e incluso amagó con poner ya punto final a su discurso. (“No quiero terminar sin enviar un saludo a nuestros hermanos del interior”, etcétera.) El pueblo, sin embargo, volvió a la carga y Perón, previo un severo “señores”, bien distinto del “¡trabajadores!” del comienzo, cerró esta vez resueltamente el camino a la formulación de la misma pregunta: la primera petición que hizo al público presente fue justamente que no le preguntaran ni le recordaran esas “cuestiones”, ya relegadas por él al olvido.

A ese primer pedido siguieron otros: unidad, desconcentración pacífica, tranquilidad, cumplimiento “festivo” del día de paro, etcétera, temas a los cuales ya nos hemos referido al iniciar esta nota. Cabe sin embargo completar esas referencias con la mención de un hecho a nuestro entender significativo —tal vez el *único* realmente significativo— con respecto a la formulación de esos pedidos.

Se trata de lo siguiente: en la frase en que, “por esta única vez”, se exhorta a cumplir el día de huelga, Perón, con admirable sutileza, señala de un modo indirecto pero claro el nuevo lugar institucional

<sup>9</sup> Sobre este paternalismo anacrónico del “había una vez”, véanse las sugerentes observaciones de Antonio Gramsci (1976:158-159).

que otorga a esa exhortación su autoridad y su legitimidad. Ese lugar no es ya, y *no podría nunca haber sido*, el correspondiente a un puesto gubernamental —para el caso, la Secretaría de Trabajo y Previsión. Es un lugar rigurosamente *nuevo*, cuya positividad ha supuesto y sancionado una ruptura del espacio político hasta entonces vigente y el comienzo de su reestructuración con arreglo a otras coordinadas.<sup>10</sup> Reestructuración inducida por la emergencia masiva y abrupta, en el interior de la sociedad y de la escena política argentina, de dos nuevos personajes (Perón, los trabajadores) y de una coyuntura literalmente *incalificable* en los términos de la política tradicional.<sup>11</sup>

Perón está ya instalado en ese nuevo espacio y ha asumido ya el sitio que le ha sido asignado: la movilización del 17 de octubre es la prueba fehaciente, definitiva, de que los trabajadores lo han identificado (constituido y reconocido) como su líder. Investido de ese liderazgo, Perón está en condiciones de comenzar a tomar a su cargo la tarea de dar a ese espacio político todavía embrionario, todavía sin una forma ni un principio de orden claramente delineados, una figura definida. Dicha tarea se inicia en el curso del mensaje mismo que comentamos: Perón, en efecto, recomienda, pide, ordena, hace valer su autoridad con respecto a sus liderados, con tanto mayor derecho cuanto que ha sido ungido por ellos como su caudillo y jefe. Más precisamente: *le ha tomado la palabra* al pueblo, en los dos sentidos de esta expresión. Lo que significa, por una parte, que su palabra habrá de ser la palabra del pueblo, pero también, según la inevitable lógica de las relaciones de poder, que esa palabra pertenece ahora a Perón. . .

El discurso del 17 de octubre de 1945 va a concluir: su última frase será también un pedido: “. . . Y ahora, para compensar los días de sufrimiento que he vivido, yo quiero pedirles que se queden en esta plaza

<sup>10</sup> Se trata, subrayémoslo, sólo del comienzo de la recomposición del campo político. Algunos meses después Perón será electo presidente; volverá a los balcones de la Casa Rosada con su nueva investidura; volverá asimismo al servicio activo de las fuerzas armadas. . . y ascenderá a general. El hombre de estado, sin renunciar a ser considerado hombre del pueblo, recuperará sus derechos y, en particular, el de reordenar el sistema político argentino.

<sup>11</sup> Nada más ilustrativo al respecto que los comentarios de los periódicos opositores (es decir, de todos los periódicos, con excepción de *La Época*) acerca de los acontecimientos del 17 de octubre y de sus protagonistas. Parece sumamente difícil encontrar en otra parte una síntesis más perfecta de mistificación y de ceguera.

quince minutos más, para llevar en mi retina este espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí.”<sup>12</sup>

“Desde aquí”, es decir, desde donde ustedes *no* están, pero también, desde donde ustedes me han puesto; desde esos mismos balcones, mencionados al comienzo del discurso, es decir, desde la figura arquitectónica que, en la Argentina, ha funcionado y sigue funcionando como el más eminente símbolo *material*, como la representación físico-espacial privilegiada del lugar del poder. Sólo que hoy ese lugar está habitado por una extraña presencia: no la del presidente de facto y su precario séquito ministerial, sino la de un hombre (“¿de estado?”, “¿del pueblo?”) sin cargos ni investidura oficial alguna, pero cuya autoridad es reconocida y legitimada por los inmensos clamores que vienen “desde allá”, desde abajo, desde la plaza.

¿Cómo interpretar entonces ese último pedido que Perón dirige al pueblo? Sus propias palabras lo sugieren: se trata de fijar, en el éxtasis de un momento (“quince minutos”) el hecho político del 17 de octubre bajo la forma cristalizada de una escenificación en la cual *cada uno ha de permanecer en su lugar propio*; se trata, si se quiere, de transformar *el acontecimiento en espectáculo*; más precisamente, en un espectáculo reservado para quien, desde los balcones, dispone por derecho propio del máximo campo de visión posible. Dispositivo “teatral” que simboliza y prefigura, tanto para Perón como para las masas populares, la recomposición efectiva del campo político iniciada en ese histórico día.

<sup>12</sup> Existen versiones de ese discurso en las cuales esta última frase es omitida. No cabe, sin embargo, la menor duda de que Perón la pronunció efectivamente.